

14 DE JULIO DE 1879.

Madrid.

Ayer se me ocurrió ir al Retiro por la mañana. Mi objeto era pasear un poco, renovar mis amistades con los patos, oír el gorgojo de los pajarillos, surcar el estanque en uno de sus elegantes barquichuelos; tomar chocolate con mogicon, y renovar las dulces memorias de otros tiempos de juventud, de amor y de esperanza.

Al entrar en el famoso Parque vi un sitio de amena frondosidad no visitado por los rayos del sol: en este sitio, un banco de piedra parecía esperar alguna de esas parejas que en tales mañanas por allí cruzan sonriendo eternas felicidades. No debía sentarse en aquel banco la imagen de la felicidad, representada por dos tórtolas arrullándose. Me senté yo, pajarito de alas rotas, triste y silencioso.

Mi soledad duró bien poco. Muy pronto vi ante mí un personaje.

Este personaje le había traído yo en un bolsillo.

Un hombre inteligente, distinguido, de admirable palabra; fantaseador a veces; a veces materialista; requebrador de mujeres, adornado con los vicios brillantes de la sociedad, exótico, descreído, incapaz para el bien y para el mal, un hombre, en fin, como otros muchos que conocemos.

Es filósofo sin saber filosofía; es político sin carácter; es aristocrático en las formas mas que en el alma.

Se sentó a mi lado y me contó su historia; había tenido ilusiones y las había perdido... Nada esperaba en el mundo; había decidido abandonarle; acaso en el no se encontraría la dicha que en la vida mortal no había logrado.

Tomó un revolver...

Yo hubiera querido detener su mano... Me había interesado aquel hombre, unas veces sublime, otras superficial, otras cómico, alguna ridiculo; me parecía el reflejo del hombre de la sociedad moderna... En muchas cosas me había parecido yo mismo.

Pero en aquel momento un amigo mío pasó junto al banco, me vió, llegóse a mí, y me dijo poniéndome la mano en el hombro:

—¿Qué libro lees?

—Ya lo ves, te dije enseñándole la cubierta del precioso libro: leo la última edición de *Las visiones del doctor Faustino*, del famoso autor de *Pepita Jimenez*.

Y como era ya tarde, nos cogimos del brazo y volvimos juntos a Madrid.

Ni vi los patos, ni oí los jorgeos, ni rasgué las ondas en el barquichuelo, ni tomé el chocolate con mogicon, ni con la contemplación de los sitios renové las antiguas memorias...

—Pero ¿a quién se le ocurre—decía mi amigo traer un libro, y un libro interesante a un jardín...? Es tan absurdo como llevar unruiseñor a una biblioteca.

Poco a poco se va reduciendo el círculo en la sociedad distinguida de Madrid. Apenas si quedamos ya mas que los seres vulgares.

Quien no tiene una enfermedad la inventa; y puede salir decorosamente de la corte. Por desgracia el dinero es mas difícil de inventar. Después encarga uno esos trajes de campo que hacen del madrileño algo parecido a un *Pierrot*, y a tomar baños.

Se acusa a los demagogos de relajación con sus predicciones los lazos de la familia. No es cierto.

La familia es una necesidad del corazón para todos los hombres; pero es una necesidad económica para los demagogos, que son pobres.

Solo pueden prescindir de la familia los potentados.

Vedles como invaden el anden de la estación... como abandonan su nido. Ellos no hacen casi nunca vida de familia. Van rodando, como sus maletas de hotel en hotel, por el extranjero... El marido a Vichy; la señora a Biarritz; las hijas con el aya a los Pirineos; el hijo a Trouville y a París.

En su misma casa—cuando vuelven—no están en familia. Su casa es una fonda con nombre de palacio.

La disolución de la familia la predicaban con su ejemplo los que abandonan Madrid durante algunos meses y se desperdigan por Europa.

La clase media les ha imitado.

Los artesanos han copiado también a la clase media.

Las compañías de los ferro-carriles han dado a la familia el último golpe con la invención de los trenes de recreo.

Se abandona el hogar con semblante alegre; se vuelve a él con cara triste; y ya no se quiere comer garbanos, y el agua de Loyosa se sustituye con el agua de Selz, y se prefiere el rosbif al cabrito asado, y los panecillos franceses al pan de picos.

Solo continúa rindiendo culto al hogar y al puchero el hombre miserable que no tiene dinero para verseñar.

El dinero... hé ahí el verdadero demagogo.

Pero en fin, nos queda el recurso de ir a los conciertos del Jardín del Retiro, ó a ver el espectáculo *Barba Azul* en el Príncipe Alfonso.

Allí podemos aplaudir a la Pinchiara, que al levantar la pierna, pone en su mas alto grado de elevación el arte coreográfico.

No insistiré en este tema; porque todo ha sido dicho ya. Es un hecho que la coreografía puede sustituir con ventaja al idioma hablado; con la circunstancia de que al hablar recrea; a mas del pensamiento, la forma en que se expresa el concepto, es bien torneada y está calada con primor.

Un admirador de la Pinchiara decía anoche: —Usted ve lo que hace con esos pies... pues esos pies son los mismos con que anda.

Realmente andar con pies tan científicos... es una profanación.

En el circo de Price se preparan dos novedades. El hombre-mona y el hombre-rata.

Siempre hemos procurado imitar a los animales: siempre hemos sido sus discípulos. Aunque pregonemos nuestra superioridad.

Superioridad dudosa. Porque al fin y al cabo nadie negará que todos los animales han llegado al mas alto grado de perfección de sus facultades; y nosotros cada día estamos haciendo un descubrimiento que remedia una imperfección nuestra y no acabamos nunca de perfeccionarnos.

Seguro estoy de que la mayor parte de los animales hablan de nosotros muy mal. ¿Qué dirá el perro de nuestras traiciones, y el elefante de nuestra endeblez, y el mono de nuestra torpeza, y el ciervodennuestras piernas, y la hormiga de nuestra imprevisión, y los pajaros y los peces de nuestras modistas y de nuestros sastres?

Vendrán el hombre-mono y el hombre-rata y les aplaudiremos, dando así una prueba mas de nuestra ignorancia.

Porque—digan las ratas y las monas cuando de ello tengan conocimiento—¿quién es ese público para juzgar de si hacen bien la rata y la mona?

Y en efecto, si aquellos artistas quieren ser juzgados por un público competente, no deben trabajar en Price.

El hombre-mona debe sufrir su examen en la jaula de los monos del Retiro.

El hombre-rata debe representar en los sótanos del ministerio de Hacienda.

Ayer comió en el jardín del Buen Retiro EL LIBERAL.

El motivo fue la constitución de la sociedad; personas, mas de veinte; la comida servida con esmero; los manjares, delicados; los vinos, superiores.

—Y ahora dirás que se come mal en este restaurant?—me dijo un compañero. —No te retractarás públicamente de tu injusticia?

—Si me retractaré. Le diré al lector de mi revista:—Si quieres comer bien en el restaurant del Buen Retiro, ve allá, siéntate, llama al mozo y dile:

—Tráigame Vd. una comida... de veinte cubiertos!

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Prontuario florentino, dedicado a los viticultores españoles, por D. Mariano de la Par. Orvalles.—Un volumen de 64 páginas ilustrado con dos láminas.—Madrid: Martínez; 1879.

El Sr. Graells, mas conocido y apreciado en el extranjero como entomólogo que en nuestro país, acaba de publicar una obra que, por la competencia de su autor, por las sanas doctrinas que expone, por la sencillez de su forma, por la oportunidad con que aparece y por los datos que en ella se consignan, ha de conseguir el éxito reservado a muy corto número de publicaciones.

La desgracia que affige a la viticultura en Málaga, amenazando los viñedos de todo el país, ha inducido en el ánimo del Sr. Graells para dar a luz su libro, escrito con un conocimiento profundo de la clase a que se dedica; libro que tal vez calle algo, pero que nada dice de mas, y cuyos consejos deberían obedecerse escrupulosamente.

El *Catecismo florístico* de Robin, ampliado y reformado por el Sr. Graells, los consejos que a los funcionarios facultativos dirige sobre el modo y forma de practicar sus reconocimientos, el *Pronóstico* de lo que podía suceder en España, los actos biológicos del insecto, los medios de atacar y defenderse de la plaga y multitud de noticias tan nuevas como interesantes, justifican la competencia y laboriosidad del distinguido naturalista.

Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, por Ramón León Mañez.—Un vol. de 400 págs.—EL INGENUO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA, por Miguel de Cervantes, dado a luz bajo la dirección del señor Mañez.—Una publicación.—Cádiz: Rodríguez, editor imp. La Mercantil; 1877-79.

Cada día es mas fervoroso en nuestra patria el culto a la memoria de Cervantes. Estos libros son un homenaje de respeto a su recuerdo y un testimonio del entusiasmo que inspira. Se lo tributa el Sr. Mañez, director de la *Crónica de los Cervantistas* de Cádiz, y uno de los mas apasionados admiradores del autor insigne, a quien el incesante estudio de sus escritos y de los trabajos críticos que han inspirado ofrece ocasión de emitir nuevas opiniones, rectificar asertos erróneos, presentar documentos nuevos, referir noticias desconocidas, rechazar narraciones poco menos que fabulosas y formar un juicio mas extenso y completo que todos los anteriores sobre las obras de Cervantes, y con especialidad sobre las novelas, los entremeses, las comedias, el *Quijote* y la *Galatea*.

Esto en cuanto a la *Vida de Cervantes*, tan completa como la que lo sea mas entre todas las escritas antes de 1877, y rica, como muy pocas, en pormenores que arrojan viva luz sobre la existencia del ilustre manco. La edición del *Quijote* que le sigue es copia fiel de la primera hecha en Madrid por Juan de la Cuesta, (1605-1615).

El Sr. Mañez ilustra el texto del *Quijote* con gran número de notas y observaciones críticas. En ellas desenvuelve su opinión sobre las tendencias y fin de la obra maestra de Cervantes. No cree que el objeto de este fuera escribir una sátira de las ideas y costumbres caballerescas, ni que tuvo el designio de ridiculizar a personajes determinados de la época en que escribía, ni que pretendió simbolizar el contraste del idealismo y la realidad, personificando en sus héroes la representación de esas tendencias.

Y sin embargo, es lo cierto que las ideas y costumbres caballerescas resultan en las páginas del *Quijote* criticadas de un modo inimitable; que no hubiera podido Cervantes pintar con tanto vigor y seguridad los personajes de su relato y las costumbres de sus personajes, sino hubiera tenido la atención fija en el mundo

de que le rodeaba, en los hombres, en las ideas y en los hábitos de su tiempo.

Nosotros, contra lo que el Sr. Mañez supone, creemos que Cervantes no pensó hacer una elevada crítica de la sociedad en que vivía, ni menos ofrecer a sus contemporáneos como espejo y modelo, las costumbres e ideas caballerescas, a las que influyó golpe mortal su libro. Indudablemente lo inspiran ideales de justicia, e indudablemente lo anima el propósito de enmendar los vicios de sus coetáneos; pero de esto a lo que el Sr. Mañez dice hay gran distancia, distancia que ha recorrido el ilustrado escritor gaditano en sus notas críticas, incurriendo en exageraciones dignas de lamentarse, en extravijs reparables.

Historia contemporánea por el doctor Weber.—Tomo IV.—Un vol. de 307 págs.—Madrid: Biblioteca histórica de los Sres. Góngora y compañía, 1879.

Este tomo es el último de los cuatro que forman la *Historia contemporánea* del Dr. Weber. Comprende esa historia de 1830 a 1872. De 1872 a 1879 la ha continuado, haciendo una ligera reseña de los principales sucesos que durante los últimos años han agitado al mundo, el distinguido profesor de historia Sr. Merelo. Termina este libro con dos apéndices, uno que es resumen de los acontecimientos acaecidos en España durante el reinado de D. Amadeo I y hasta la proclamación de la República, y otro en que se expone la cuestión de Oriente. Este último lo firma el Sr. García Moreno, traductor de la obra de Weber, que sostiene como el procedimiento mas adecuado para resolver aquella cuestión el de mantener ahora el *status quo* de acuerdo con los principios generales de la política inglesa.

Ese procedimiento, a nuestro juicio, no producirá otro resultado que el de aplazar los conflictos que al fin y al cabo han de estallar otra vez en la península de los Balcanes, conflictos a los cuales no se pondrá un término definitivo mientras que el imperio otomano subsista. Europa se empeña, por complacer a Austria e Inglaterra, en impedir la constitución de una poderosa nacionalidad búlgara al Norte y al Mediodía de aquella abrupta cordillera, y los pueblos que con el eslavos habitan la península ilírica no puedan organizar un régimen que proteja su libre desenvolvimiento y los emancipe del miserable yugo que ahora empobrece y debilita aquellas comarcas, llamadas por la naturaleza, por su admirable posición geográfica, a ser una de las regiones mas prosperas, ricas y cultas del globo.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

El hoyo grande.

Hay en cada cementerio general de Madrid una sepultura comun, una boca siempre abierta, que no se sacia de tragar cadáveres: es el panteón de los pobres, la tumba de los desconocidos, la cama redonda de los muertos.

Allí no hay epitafios, porque solo se podría colocar este letrero:—Aquí yace todo el mundo.—Allí no hay versos, aunque es la tumba del vulgo, el mejor de los poetas; ni hay coronas, aunque está sepultado el pueblo soberano.

En el hoyo grande los cadáveres se pudren abrazados; los enemigos que se quitaron la vida en un duelo a navajazos, están condenados tal vez a darse un beso interminable: la doncella duerme junto al viejo libertino, el niño muerto reclinó su cabeza en el helado seno de otra madre. No se da sepultura, se amontonan los cuerpos de los pobres, formando un embudo de cristianos; de los que por su humilde posición eran en la sociedad lo que pue de llamarse el polvo humano, se forma aquella horrible masa de muerte. Pensando en ese comunismo repulsivo, resulta consoladora y poética la soledad de los muertos de que Becker se quejaba. Me conduce y entristece la idea de que un amigo íntimo, de que una persona querida sea arrojada en esa sima de cadáveres; y se nubla mi pensamiento al considerar que todos los días hay desventurados que ven caer en aquella triste sepultura a sus padres y sus hijos.

Si enterrar los muertos se considera como obra de misericordia, aspecto el mas noble de ese postrer tributo de amor al prójimo, sea mas verdaderamente misericordioso con el pobre, ensanchando su sepulcro: solo necesita un pequeño hueco en tierra bendecida, donde puedan filtrarse dulcemente las lágrimas de aquellos que le amaron: no barajemos sus restos en la fosa comun como se barajan en desorden las figuras de los naipes. Mientras la naturaleza no destruya la noble forma que tuvo en la tierra Jesucristo merece nuestro respeto y nuestra piedad. Haya sepulcros en el campo-santo en lugar estivadores: enterremos en vez de almacenar.

Si dar sepultura al pobre es un simple servicio público, debe hacerse en los futuros cementerios, según las exigencias de la higiene y de la manera mas conforme con el sentimiento general. Solo dos cosas tiene derecho a exigir gratis de un municipio el que no puede pagarlas: durante su vida agua para beber; después de su muerte, tierra en que pudrirse: la higiene aconseja que haya tierra suficiente para que se efectue la descomposición pronto y sin emanaciones perniciosas: el sentimiento público exige que se dé capacidad e independencia a los sepulcros.

Pero esto, dirán algunos alarmándose, es pedir un repanto de tierras para los muertos. Nada de eso: los muertos tienen pocas exigencias: un cercado, que podía servir de patio en una casa grande, ha servido para enterrar en tres cuartos de siglo centenares de millares de personas; si tuviese ganas de hacer números, demostraría que el deber de honrar a los muertos, aun en la forma que propongo, es lucrativo: los pobres pueden y deben tener sepulcros de familia, siquiera por tiempo limitado, ¿se dude de ello? Dése la explotación de los cementerios de pago al que se obligue a sostener el cementerio gratuito, si se considera este servicio como función municipal.

Un cadáver, considerado en el sentido mas avanzado, es un elector que ya no vota, ó una ex-ciudadana que debió haber tenido en vida derecho electoral. Si hay quien defiende el derecho al trabajo, algo mejor se debe defender el derecho al reposo, que es el solo realizable. La habitación en que vivimos es una pesada; la tumba en que nos enterramos es nuestro verdadero domicilio: los que viven con estrechez aspiran, con ciertos títulos, a ser enterrados con holgura.

La idea de este artículo procede de una pesadilla que tuve hace pocas noches. Había visto aquel día entrar en un cementerio dos hombres que conducían unas angarillas; detrás marchaba otro hombre que el rostro muy pálido; parecía el cadáver que se había caído de la caja y seguía a pie a los sepultureros para molestarlos lo menos posible en aquella faena gratuita: algunos amigos formaban el cortejo, llevando por todo luto la manchada ropa del trabajo. Junto al hoyo grande había en tierra otras angarillas que también contenían un cadáver.

—¡Ahí está el compañero de la muerte, dijo el enterrador al viudo.

—¿Puedo verle preguntó éste con voz conmovida.

El enterrador alzó los hombros con indiferencia: era el albañil de aquella obra, y se sonreía de que le pidiesen permiso para examinar un simple ladrillo. El viudo alzó la cabeza de las angarillas, y su rostro amarillado se tiñó de un verde pálido: temblaron sus manos un momento, y dijo bruscamente:

—Vámonos, señores.

Los amigos salieron mas despacio: yo oí esas palabras, dichas a media voz por uno de ellos.

—¿Sabes con quién deja en el hoyo a su mujer?

Y acercándose a su oído le debió decir un nombre en voz muy baja.

—Y tiene celos!

—Tiene horror de venir algun día a caer al hoyo grande.

Cuántas historias, cuantos encuentros podría referir el hoyo grande, esa sima donde todos estamos expuestos a caer, altos y bajos, los poderosos de hoy, los que arroje mañana al polvo el torbellino de lo porvenir, en sus inesperadas sacudidas.

Aquella noche tuve una desconsoladora pesadilla. Me pareció ver la fosa general iluminada tristemente por la luna: una masa de esqueletos andrajosos se revolvía en aquel lóbrego abismo, oyéndose crujir en aquella lucha desesperada sus oprimidas osamentas. Los mas ágiles, trepando a las tapias del cementerio, vociferaban amotinados y coléricos, y ensenaban sus descarnados puños a los muertos que atraídos por el ruido asomaban sus calaveras por los huecos de los panteones de familia.

Al verme inmóvil en la sombra, aumentó su indignación.

—¡No cabemos mas! Me decían agitando los horribles brazos. ¡Vete a la necrópolis!

El esqueleto de un poeta cruzado de brazos recitaba con sarcasmo el célebre verso de Espronceda:

«Solo en la paz de los sepulcros creó.»

El vocerío aumentaba: se oían golpes huecos como de cráneos que chocasen y el crujido de las mortajas que se desgarraban: una sombra alzaba una cruz hecha con dos tibias procurando inútilmente poner paz.

—¿Qué es eso? decía dentro de una alcoba la mujer del conserje, ¿no oyes ese estrépito?

—Es que andan a puñaladas en el otro mundo: contestaba el marido con acento rencoroso. Mañana echaremos sobre el hoyo grande mucha tierra, é irán los alborotadores al osario. No hay muertos mas exigentes que los muertos que no pagan.

Un muerto que no paga... El cadáver del pobre es para algunos un depósito de huesos sin interés. Los vivos hablan a veces como si nunca hubiesen de ser muertos. No en nombre de estos que no sienten ni sufren, sino en el de aquellos que les sobreviven y de la misericordia cristiana, pedimos que se de pronto sepultura decorosa a los cuerpos de aquellos que no pagan.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

El mundo.

(Carta a un grande de España.)

I.

El mundo es un baul. En la vida moderna se viaja con el mundo a la espalda.

Es cosa tan indispensable, que se vende ya por las calles como los periódicos, como los artículos de primera necesidad, como todo lo que es de uso imprescindible é inmediato.

Todas las mañanas veo a dos zagalones que llevan cogido por las asas uno de esos baules colosales donde nuestras señoras colocan el equipaje, y que van gritando desahoradamente: —¡El baul-mundo se vende!

Las razas han degenerado; hoy somos raquíticos, enclenques, mientras que nuestros antepasados eran fuertes, vigorosos, membrudos. Los baules en cambio han triplicado de tamaño. Lo que hemos perdido en sangre lo hemos ganado en ropa. No podemos viajar sin llevar con nosotros un mundo de cosas.

Pero fuerza es confesarlo: el mundo no es la maleta de los hombres, es el baul de las mujeres.

Acuérdate ¡oh Roman! de cómo viajábamos tú y yo por Italia hace diez años.

Fuimos desde el Mont-Cenis a Brindisi, deteniéndonos en todas las poblaciones importantes de aquel hermoso país y recorriendo todas las diferentes comarcas de que se compone. Todo lo vimos, lo visitamos todo. Dos meses de continuo viaje nos proporcionaron la ventura de mas feliz de nuestra vida.

—¿Recuerdas nuestro equipaje?

Como en Italia no se concede peso alguno al viajero y todo es sacro menos lo que se lleva.

a la mano; y como tú y yo éramos dos muchachos solteros, viajeros artistas que nos parábamos donde mejor nos parecía y no teníamos que consultar más que a nuestro capricho, llevábamos por todo equipaje un saco de noche que colocábamos en el hueco que hay bajo el asiento, y cuyo contenido era el siguiente:

Cuatro camisas de color, que nos lavaban y planchaban en los hoteles de un día para otro.

Seis pañuelos de a peseta.

Un traje de hilo que nos costó en Florencia cincuenta liras.

Seis pares de calcetines.

Un par de guantes.

La gorra de viaje.

Una docena de cigarrillos para el consumo del día.

Y la Guía del viajero en Italia.

Con este ligero equipo, cuyo continente no ocupaba medio metro cuadrado y cuyo contenido no nos había costado cuarenta duros ni mucho menos, estuvimos en Turin, en Bolonia, en Milán, de allí fuimos a Ancona, y a Rimini, a Pésaro, patria de Rossini, y a Urbino, cuna de Rafael; nos detuvimos en Loreto; pasamos a Ravenna para visitar la tumba del Dante, volvimos a Bolonia, y después de un día de descanso fuimos a Pistoja y a Píssa, llegamos a Florencia donde nos detuvimos algunos días; visitamos Venecia, Nápoles, Carrara, Pompeya, Herculano, el Vesubio, pasamos a Venecia, retrocedimos, entramos en Roma, hicimos innumerables excursiones a mil y mil lugares artísticos, históricos y de recreo; volvimos a París, pasamos a Suiza por el Tirol italiano... en una palabra, viajamos durante dos meses, que aún hoy, al cabo de diez años me parecen un sueño.

Y no nos ocupábamos de facturar equipaje alguno. Nuestra maleta tenía algo de compañera modesta a quien llevábamos del brazo por todas partes, y como ni teníamos obligaciones ni necesidades, no nos acordábamos del mundo, porque el mundo era estrecho para nosotros.

Si no fuera una *cursi* de puro manoseada, ayer antes de comer contigo y con tu señora, te hubiera saludado como el héroe troiano a su amigo de marras:

Quagant'anni tu ab illo!

II.

Tú, que entonces eras agregado sin sueldo a una embajada, te casaste poco después con la hija de un grande. Hoy eres grande también, a pesar de tu poca estatura, y disfrutas de una renta como yo para mi deseo.

Y ayer al ir, según mi costumbre de todos los lunes, a comer a tu casa, me encontré a la condesa, tu mujer, y mi amiga, ocupada en hacer su equipaje, pues, según me dijo, os marcháis esta tarde a Biarritz.

Hermosamente que antes de despediros de a conocer a las modestas madrilenas que no salen a la calle y a los maridos que tienen el valor de salir este y otros, lo que vi sumergirse en el mundo de la señora, cuyo tamaño (el del país) no puedo calcular aproximadamente.

Y veré que la sima de Iguzquiza debe ser una cosa así: no recuerdo bien si el cráter del Vesubio tiene dos metros y medio más de anchura que la boca del baul conda; pero no será mucho más de seguro; en cuanto al lago de Como, creo que si 40.000 aguadores lo trapean en cubas para encerrarlo en este cajón de hierro con clavos dorados, el agua no pasará de la división de un medio.

Pero allá va la lista de lo que una mujer como tú debe llevar a Biarritz para una temporada de mes y medio.

III.

Docena y media de camisas.

Seis pares de enaguas.

Doce pares de pantalones.

Doce pares de medias de seda.

Seis pares de botas.

Seis de zapatos.

Seis batas de batista.

Un corsé de moaré blanco.

Otro de raso negro.

Seis peinadores.

Venticuatro pañuelos.

Cuatro trajes *negligé*.

Cuatro de medio vestir.

Cuatro de vestir del todo.

Un sombrero *Nube* blanco.

Otro azul.

Otro rosa.

Otro que va bien con todos los trajes.

Seis sombrillas.

Diez abanicos.

Doce pares de cuellos y puños.

Un neceser precioso, del *Ramillete Europeo*.

Una caja de polvos de arroz.

Otra de alfileres blancos.

Otra de negros.

Otra de imperdibles.

Una caja redonda de cartón con cerquillos de pelo postizo.

Una cesta de labor.

Papel de cartas con timbre imperial.

Sobres timbrados de oro y azul.

Un devocionario.

Un rosario de malaquita y engastes de plata.

Un velo para ir a misa.

Y otra caja de cartón llena de corbatas, frascos, con esencias, flores artificiales, pañuelos de encaje, lazos de mil colores, alfileres de pecho, pinnas, horquillas con cabezas doradas, coronas condales de oro para sujetar los chales, borlas, *esprits*, estampas para el libro de misa, gemelos de teatro, brazaletes, sortijas, guantes de piel de Suecia y novelas francesas.

Todo esto es, yo como piedra en el abismo, dentro de aquel receptáculo incommensurable; y calculando, por lo bajo y sin contar las alhajas, que estas forman parte de los regalos de boda y de la esposa, yo que sé los precios de las cosas modestas, te aseguro, aunque a ti te hayan dicho lo contrario, que el equipaje me tuvieras se puede tasar en cuatro mil doscientos duros.

IV.

Y ahora bien:

En Biarritz hallarás un sin fin de amigos que no son ricos como vosotros, que no tienen una renta como la vuestra; pero que viajan como vosotros viajeros y hacen vuestra vida.

Esto me hace pensar en la pluralidad de los mundos. Me figuro a ochocientos maridos asociados a la boca de ese pozo Airon donde sus adoradas mitades van arrojando al comercio

de Madrid en forma de zarandajas, y les comparo con el niño Jesús que habrás visto representado mil veces sosteniendo al mundo en la palma de la mano.

Y en seguida hallo justificada la animación y el trasiego que hay siempre en los juzgados municipales. Adivino por qué hay tanto suicidio; sé por qué se ve con tanta frecuencia en los paseos y en los teatros ese grupo nacional compuesto de una señora y dos caballeros que forman lo que se llamó antaño en Italia *triángulo equilateral*; y al revés de los moralistas que ven la razón de todo esto en que el mundo está perdido, yo la encuentro en que el mundo está lleno!

Recuerdo nuestros viajes de hace diez años con aquella malera de lona y *sin exceso* alguno; te envidio la renta que te permite ver sin aflicción el universo de tu señora, mi respetable amiga. En cuanto a mí, siigo viajando solo, porque, te lo aseguro, no quiero pasar por la terrible prueba de los que esclavos de la vanidad, la moda y la señora que son tres mujeres, en cuanto llega el momento de emprender un viaje, sienten que el mundo se les viene encima.

Hace dos años encontré en San Sebastián a un marido, solo.

—¿Y la señora?

—Se quedó en Madrid porque está enferma. El médico le ha prohibido el movimiento de los trenes...

El año pasado volví a encontrarle en Portogalete, solo.

—¿Y la señora?

—No se ha resuelto a salir de Madrid por pocos días.

Aquel hombre me recordó el cuento de la diligencia. Iban cuatro viajeros en la vaca, tomando sol y tragando polvo.

El primero decía:

—Yo voy aquí arriba, porque en la berlina me ahogo. ¡A lo menos aquí se respira!

El segundo exclamaba:

—Yo soy artista. Prefiero la vaca, porque aquí se admira el paisaje!

El tercero, fumando:

—Yo voy en lo alto, porque puedo fumar sin que refunfuñen las señoras.

El cuarto viajero con amarga sordida:

—Pero qué desconcertados son Vds.! No me han dejado ni una sola excusa, y voy a tener que decir la verdad. ¡Yo voy aquí porque esto es lo más barato!

¡Ah! Si hace diez años se nos hubiera agregado una mujer en nuestro viaje, y hubiera pretendido que la llevaríamos con nosotros, de seguro que los dos le hubiéramos dicho a la vez, señalando al enorme baul, lo que Cristo decía cuando andaba por los varicostes: —Mi reino no es de este mundo. ¡Vade retro, mujer moderna, para el hombre tan caru!

Os deseo felicísimo viaje. Pero debo advertirte que a la vuelta de dos o tres años, cuando seas papa, viajarás con cinco o seis personas, y el *globo* de la condesa no será bastante a contener lo que querrán echarle. Necesitará dos, y yo entonces iré a felicitarla, porque además de su título y su grandeza, tu mujer será señora de dos mundos, como la España de nuestros mayores.

MUSEBIO BLASCO.

Predicción del tiempo.

Ha sido preocupación constante de los hombres averiguar y predecir las agitaciones de la atmósfera en que viven.

Las necesidades de la agricultura, que principalmente se rigen por las condiciones meteorológicas de cada localidad; el deseo de prever los accidentes de la navegación y el terror que infunden las tormentas, los huracanes y las poderosas descargas eléctricas que se verifican entre nuestro globo y las nubes que le rodean durante las tempestades, han servido de fundamento a esta preocupación siempre tenaz e incesante y nunca satisfecha.

Así es que desde remota época, tanto el humilde y rudo pastor que con su observación cotidiana daba a los aldeanos los fundamentos de la ciencia, como el conocimiento de los cielos, como los poderosos que creían ver en los fenómenos ordinarios de la naturaleza las iras de los espíritus superiores, trataban de obtener reglas para predecir las lluvias que dan fecundidad a la tierra, mies a la espiga y frutos al árbol; las sequías que motivan la escasez de alimentos; el hambre de las multitudes y hasta guerras de invasiones; las tormentas, el pavoroso trueno y el candente rayo que en las celestes alturas forjaban temerarias divinidades.

Retirándose principalmente a motivos supersticiosos los accidentes de la atmósfera, y aunque por una parte los conocimientos astronómicos reducidos a cuerpo de doctrina por los indios y caldeos enseñaban ya la regularidad geométrica de los movimientos planetarios y la independencia de los movimientos atmosféricos e irregulares de la atmósfera terrestre; por otra, la ignorancia de la altura de las leyes que rigen los movimientos de las masas gaseosas y líquidas y de la constitución, figura y funciones planetarias de la tierra, motivaron que por mucho tiempo se considerasen los fenómenos astronómicos y meteorológicos como de un mismo origen y de un mismo orden.

Las influencias astrales formaron cuerpo de doctrina, y no había suceso o acontecimiento en la familia o en los pueblos, guerras, pestes y catástrofes que no hubiesen tenido precursores e indicios infalibles en los fenómenos del cielo y en las perturbaciones de la atmósfera.

El griego Aratos, muchos años antes de Jesucristo, publicó un poema en que compendió multitud de aforismos, cuyo principal fundamento eran las posiciones relativas de los astros, sus cambios de color, la aparición de claridades insólitas, cometas, etc. Por mucho tiempo este poema fue el guía o consultor de las gentes para las predicciones meteorológicas. A los astros refiere también Plutarco las perturbaciones atmosféricas, y principalmente a la luna, de cuyas diversas influencias se ocupa en sus *Symposios*.

Robustecida cada vez más esta doctrina por el creciente crédito de los desvarios astrofísicos, y por los resultados de la observación que demostraban la coincidencia de los accidentes meteorológicos con las fases de la luna, atribuyéndose a esta decisiva e innegable influencia, hasta que el descubrimiento del peso de la atmósfera por la asonación del agua en los tubos privados de aire y la invención del barómetro, proporcional a un medio de eficacia suma, pero desconocida en un principio, para la apetecida resolución del problema.

La observación continuada del barómetro y termómetro, y la comparación de las que se hacían a media que se iba generalizando el uso de aquellos instrumentos, fueron arrojando alguna luz sobre tan interesante asunto. Pero caminaba muy despacio en la nueva vía abierta por los sucesores de Galileo y Torricelli. Seducidos algunos filósofos por la coincidencia, porosa de las fases de la luna con las variaciones atmosféricas, opusieron tenazmente a los resultados que las nuevas observaciones arrojaban y a la nueva teoría tímida y formulada, ocasionando así grave daño al esclarecimiento de la verdad, y a los intereses de la navegación y de la agricultura. Distiguieron entre todos ellos el Padre Toaldo que en una célebre obra publicada en Italia dio reglas empíricas para la predicción del tiempo.

Apresurándose la mayor parte de los sábios a reconocer, como definitiva y cierta, la teoría de Toaldo, a pesar de que evidentemente carecía de base racional y científica, y los observatorios complacidos publicando en sus anuarios las predicciones correspondientes a las fases lunares. Pero no tardó en manifestarse una violenta reacción contra estas complacencias, que alienaban seriamente el crédito de aquellos establecimientos científicos. Suprimiéronse aquellos inútiles anuarios, y la influencia de la luna quedó totalmente desacreditada en el mundo científico, aunque, por desgracia, continuó prevaleciendo en el vulgo con notable perjuicio de sus intereses, y gran provecho de los que se dedicaron a explotarlo.

Las indicaciones barométricas, que dan cuenta fiel y minuciosa de las variaciones del peso de la atmósfera, intimamente ligadas con las afecciones meteorológicas de cada localidad; las termométricas, que sirven de fundamento al estudio de las corrientes aéreas, y las psicrométricas, que dan la humedad del aire y la tensión del vapor de agua que contiene, son los elementos principales que deben tenerse en cuenta para el estudio de la meteorología. Y si bien, muy recientemente, Olhvier-Gravier, infatigable observador de las estrellas fugaces, ha pretendido formular nueva teoría de predicción, fundada en las apariciones de aquellos meteoros, sus esfuerzos se han estrellado contra las corrientes racionales de la ciencia moderna. Tanto mas cuanto que el célebre descubrimiento de Schiaparelli demostró el origen cósmico de las estrellas fugaces y su independencia de los fenómenos meteorológicos.

Pero era preciso compendiar y hacer el estudio comparado de las numerosas observaciones verificadas; era preciso también conocer la meteorología de los mares, la ley de sus corrientes y la de los vientos que las agitan para deducir resultados de inmediata aplicación y provecho. A tan árdua tarea dedicóse el teniente Maury, de la marina de los Estados Unidos, el que después de diligentes investigaciones, constancia y actividad obtuvo señalado éxito. En su importante trabajo Maury determina las corrientes principales de los mares y particularmente el *Gulf-Stream* o gran corriente del Golfo cuyas aguas modifican ventajosamente las condiciones climatológicas de Europa; la marcha general de las tormentas y ciclónicas (giratorias de izquierda a derecha) ya anticiclónicas (giratorias de derecha a izquierda), la posición de los vórtices y ejes de las perturbaciones que describen; y por último, comprueba plenamente la teoría vagamente sentada de la formación de las tempestades.

Según esta teoría, reconocida ya como irrefragablemente cierta, el calor solar es la fuente de los movimientos atmosféricos, como lo es también de las estaciones, corrientes de las zonas terrestres. El calor que calentando las capas inferiores de aire, las eleva a las altas regiones y determina los vientos locales por el "aire frío" que acude a reemplazarlos; es el que obrando con distinta energía sobre los mares y los continentes produce esas corrientes alternativas conocidas en las costas con los nombres de *terral* y *brisa*; es el que encareciendo y elevando el aire de las regiones equatoriales produce el movimiento de las masas circumpolares de aire, que combinado con el de la rotación diurna, determina los llamados vientos alisios; el que produce esas diversas corrientes aéreas que por su encuentro forman los ciclones y anti-ciclones, tempestades giratorias que azotan los mares y los continentes; el que se transforma en trabajo equivalente bajo diversas formas y produce lluvia que riega o granizo que destruye; electricidad que purifica o rayo que mata, brisa que refresca o huracán que devastas.

Gracias a los asiduos trabajos verificados en mediados de este siglo, fué creada la ciencia meteorológica independiente de la astronomía. Multitud de sociedades y observatorios establecidos para continuar las difíciles tareas, han llegado a obtener notables resultados. Ya un ilustre miembro del Instituto de Francia pudo predecir el gran temporal del año 54. París, asombrado, le interrogó, le insta para que explique el fundamento misterioso de su feliz pronóstico; lo dice con ingenuidad de verdadero sabio; pero a la vez levanta su voz autorizada voz contra los que especulan con la credulidad pública haciendo pronósticos pueriles que se reducen a decir: «En verano hará calor y en el invierno hará frío».

Las predicciones del tiempo, de utilidad incalculable, tienen por único fundamento los resultados de las observaciones que a una misma hora y en condiciones idénticas se hacen en cuatrocientas estaciones meteorológicas. Estas observaciones, transmitidas rápidamente por el telégrafo, permiten apreciar, con probabilidad de acierto, que disminuyen en cuanto es menor la extensión de la localidad para que se predice, la dirección y fuerza de las tormentas, su duración y los países que afectará. Los accidentes ordinarios que las acompañan como lluvias, granizos, descargas eléctricas, etc. son más o menos modificados por los accidentes locales cuya influencia no puede ser tenida en cuenta tratándose de predicciones generales.

La rápida y fácil comunicación por el telégrafo, entre las diversas estaciones de Europa, permite hacer las predicciones meteorológicas con la anticipación necesaria para que los agricultores y viajeros puedan aprovecharse. Las predicciones que tienen por fundamento la acción de la luna o la reproducción de los fenómenos por ciclos forzadamente arbitrarios ni son verdaderas ni tienen base seria. Solo tienen por objeto explotar la credulidad siempre fácil del vulgo.

RAMON ESCANDON.

Paris.

Ese hombre de barba rubia y aspera, de mirada inteligente y viva, de frente espaciosa, descuidadamente vestido, sentado en un banco del boulevard, es un grande aventurero y un gran náutico. Un amigo pasa y le coge del brazo; buscan las calles solitarias; la inmensa plaza de la Concordia les atrae; escuchase entre la sombra una canción de Beranger, cuyas estrofas terminan siempre así:

Non, non ami, non... je ne veux rien dire.

Ambos luego apoyan sus codos sobre el parapeto y miran correr el Sena... la noche avanza; plazas y calles han quedado abandonadas; el hombre de la barba rubia y de la frente espaciosa, retrasa cuanto le es posible el momento de volver a entrar en su domicilio; es un gran trasnochador; diríase que su alma necesitaba nutrirse con las sombras del infinito; el azar ejerce sobre su espíritu irresistible influjo; vaga sin dirección; cuando no canta, solloza; cuando aparta la mirada del río, es para dirigirla a las estrellas; algunas veces he pasado junto a él, y al resplandor de un farol, he visto su frente surcada de arrugas; Yo, al encontrarle, he murmurado siempre con dolor:

—¡Pobre Clemente Duvernois!

Clemente Duvernois ha muerto hace tres días: con él se va una de las plumas mas poderosas del periodismo moderno. Ha muerto a los cuarenta y tres años de edad, en la miseria, en el olvido, en medio de la derrota moral y material mas espantosa, ahogado por la rotura de un aneurisma.

La fecha del 8 de julio le era querida; era la única fecha que en su casa se celebraba; era el santo de la fiel compañera de su existencia. Había habido en la mesa algun pequeño extraordinario.

Serían las nueve de la noche cuando Clemente Duvernois se retiró a su despacho; tenía sobre su pupitre un artículo empezado para *Le Gaulois* e iba a concluirlo. El producto de aquel

trabajo era para pagar una deuda contraída con objeto de celebrar la pequeña fiesta de familia que acababa de verificarse.

En esto su corazón estalló; Duvernois se ahogaba; en vano los médicos llevaban su cuerpo de heridas. ¡Traspassadme, exclamaba el moribundo, pero que pueda respirar!

Duvernois, en el espacio de quince años (no es largo el periodo), ha llegado a todas las ciencias sociales y ha descendido a todos los abismos; ha sido periodista, especulador en grande escala, ministro y presidiario.

Jamás hombre alguno confió tanto en su estrella; jamás ha habido hombre público tan tenazmente perseguido por la desdicha. El naufragio iba siempre tras él, acechándole inexorable, como queriendo desmentir el *audaces fortuna juvat* de los antiguos.

Lanzado con ardor en la corriente de las ideas democráticas, combatió al gobierno imperial desde Argelia, en las columnas de dos periódicos que él mismo fundó, *La Civilización* y *La Nueva Argelia*, ambos después suprimidos. La supresión de este último fué acompañada de tres meses de prision, que Duvernois sufrió con entereza.

Esto ya era un título para trasladarse a París y comenzar ventajosamente una nueva y vigorosa campaña. Duvernois así lo hizo.

Sus trabajos en la *La Presse*, en *El Temps* y *La Liberté* llenan el periodo mas brillante de su vida. Girardin lo adoraba. El éxito de sus escritos era creciente; las empresas periodísticas disputábanse sus artículos; París los leía con avidez.

En esto publicó Napoleón III su célebre carta del 19 de enero de 1867; Duvernois y tantos otros ilustres dejáronse arrastrar por la idea del imperio liberal.

Desde aquel día comenzaron sus desgracias. ¿Que mano misteriosa es esa, encargada de segar antes de sazón el amargo fruto de las apostasias?

Napoleon quiso conocer a aquel convertido.

—¿Quién es ese buen diablo de Duvernois?

preguntó a uno de sus servidores.

—Tiene *spirit* le respondió éste.

—Busca la ocasión de presentármelo! exclamó el emperador.

Poco tiempo después Clemente Duvernois era de los intimos de las Tullerías.

Napoleon, en su empeño de enriquecer a cuantos le rodeaban, había hecho millonario a su sastre, el bien conocido Dusantoy, cuyo establecimiento ha sobrevivido al imperio.

Cierto día Dusantoy probaba al emperador una levita.

—Hoy he terminado un frac para un convertido; dijo el opulento industrial.

—¿Para quien? preguntó el soberano.

—Para Clemente Duvernois.

—Hay que protegerle... Escucha, añadió el emperador después de una breve pausa. ¿Por qué no fundas con él un periódico? Sé que buscas un capitalista...

Si V. M. lo desea...

—Si, avídale tú.

Pocos días después aparecía el periódico *La Epoca*; director Clemente Duvernois; propietario el sastre de cámara.

Otro día Napoleon III llamó a uno de sus domésticos, diputado de la mayoría, y le dijo:

—Me hace falta un asiento en la Cámara para un amigo. El distrito de Gap, que tú representas, es fácil; déjámelo libre.

Al día siguiente, el diputado por Gap hizo renuncia de su acta; Clemente Duvernois fué elegido diputado.

Una vez diputado y director del periódico *El Pueblo*, órgano personal del emperador, Duvernois fué durante breve tiempo el favorito de la corte.

El sedujo a Emilio Olivier; él fué el negociador de aquella apostasia. Tuvo una cartera de ministro durante veinticuatro horas, y su sino fatal le hizo caer despenado a los pies del mismo a quien acababa de enunciar.

Cuando la invasión alemana empezaba a progresar seriamente, cuando ya se habían perdido dos grandes batallas, al formarse el ministerio Palikao, fué Duvernois llamado a desempeñar la cartera de Comercio.

Con que acierto lo desempeñó lo recuerdan todos. El desde un principio preveía el sitio de París, cuando nadie soñaba en ello. El fué quien acumuló dentro de estos muros los víveres que durante medio año alimentaron a los defensores de la gran ciudad. Estuvieron en sus manos todos los tesoros de Francia, y salió del poder tan pobre como había entrado.

Emigrado en Londres, sin recursos de ninguna especie, sufrió un destierro de los mas penosos; su pobreza era tal que varias noches tuvo que dormir a la intemperie.

De nuevo en París volvió a las tareas periodísticas y publicó algunos trabajos en *El Orden*. Entonces le vino la desdichada idea de fundar una sociedad titulada «Banco territorial de España»; prometió al consejo de administración en un mes 3.750.000 francos, contando con unos 12.000 duros que había logrado reunir con el 30 por 100 del primer plazo de las acciones que debían emitirse.

Esta operación, como no podía menos, fracasó.

Hallábase Duvernois en Italia, cuando tuvo noticia de que el asunto había sido entregado a los tribunales. Vino a París corriendo a dar cuenta de su gestión financiera, y en cuanto llegó fué preso; cumplió siete meses de prision preventiva y tres años de condena.

¡Cosa singular! Apenas se vió libre, volvió a encontrar fieles sus mismos amigos de antes; ni una mano se le retiró de las que antes estrechaban la suya.

Duvernois fué siempre un gran niño; nunca le faltó la ingenuidad de los primeros años. Tenia todas las condiciones necesarias para triunfar; instrucción, talento, valor y carácter; pero algo le faltaba al ir a realizar sus empresas...

¡Sin fe en los grandes ideales, toda alma sublime morirá de sed devoradora!

ERNESTO GARCÍA LADEVEZE.

Paris 11 de julio 1879.

Imp. de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Alameda, 29.